

la Iglesia, y el Señor de la historia humana en virtud del misterio de la Redención. Y nosotros creemos que nadie mejor que María puede introducirnos en la dimensión divina y humana de ese misterio. Porque nadie como María fue introducida en él por la mano del mismo Dios. Es en esto en lo que consiste el carácter excepcional de la gracia de la maternidad divina. Y no es sólo la dignidad de esta misma maternidad lo que es único y absolutamente singular en la historia del género humano, sino que lo que es único también por su profundidad y la amplitud de su acción, es la participación de María en el designio divino de salvar al hombre a través de la Redención».

Dicho en breve y en conclusión: María es realmente primicia y vértice de Redención y, quizás más que nunca, también para nosotros, hoy, esperanza de salvación.

La función reconciliadora de la Virgen María
en el auto sacramental de Calderón
«La primer flor del Carmelo»

Por L. M.^a Herrán

Entendemos por *religiosidad popular*, y su consiguiente *piEDAD*, el modo peculiar de vivir el misterio de Cristo que tiene *un pueblo* —una porción del Pueblo de Dios—. Con una cultura elemental de la Iglesia en que se inserta, ese pueblo, además de la catequesis básica que recibe, es adoctrinado sobre los misterios que celebra la Liturgia desde los púlpitos, desde las obras literarias —poema, teatro—, y aun desde el mismo folclore.

De aquí que la *Literatura sea camino tan importante* para conocer, tanto el modo de expresar la fe que tiene ese pueblo, como para detectar el grado de impregnación teológica a que esa religiosidad ha llegado.

Este sería el objetivo de una *Mariología poética española*, en la que vengo trabajando, y de la que es una muestra la presente comunicación.

MARIA EN LA RECONCILIACION DE LOS PECADORES

Gran parte de nuestra dramática —sobre todo en los siglos xvi y xvii— es prácticamente la continuación del estilo medieval de catequizar al pueblo: los clérigos desde los púlpitos o desde la recitación de sus poemas, lo mismo que los juglares, divulgaban los *milagros de Nuestra Señora*, comprobación hasta casos límite del poder de intercesión de la Medianera celeste para con sus devotos, tantas veces en un último extremo inverosímil, para quienes con sus ruegos alcanza el perdón de los pecados.

La lista de nombres casi coincide con la del nomenclátor de dramaturgos, que recrean los más espectaculares milagros o aportan milagros de reciente intervención de la Virgen para con sus devotos.

Nos vamos a fijar en Calderón de la Barca, y de sus autos marianos escogemos como más característico *La primer flor del Carmelo*.

ABIGAIL TIPO DE MARIA RECONCILIADORA

En el auto Calderón usa de una técnica muy característica. Presenta a Luzbel, quien siendo ángel conoce aún mejor que los hombres el plan salvífico de Dios, según el cual la Promesa original se cumplirá en su tiempo oportuno, y en el entre tanto va preparando su cumplimiento con prefiguraciones, «tipos» que anticipan lo que, llegado el «cairós», será realidad plena. Por eso, a lo largo de la historia Luzbel conjetura y teme si la nueva «figura» será la

realidad, o al menos le irá descubriendo lo que en sus detalles va señalando el Dios de la misericordia. Y sobre este presupuesto la historia de pueblo de Dios, y aun los mitos paganos, sirven a Calderón para la trama de sus autos en que se funden, en ingeniosos escorzos, el pasado con el presente, prefigurativo del porvenir, que se desvela en el desenlace del auto, con la desesperación consiguiente de Luzbel que va siguiendo el juego de bosquejos y profecías, de realidades como base a un mayor conocimiento del plan salvífico de Dios.

Después de esta pequeña observación nos vamos a limitar a señalar los incidentes del auto, en el cual no sólo se explica la aplicación de la Redención por la intercesión de la Madre en favor de los que a Ella se fian, sino que se presenta a la Virgen en el acto de esa *reconciliación* de la que se derivará su poder de intercesora.

Luzbel hace acto de presencia arrastrando consigo a la Avaricia y Lascivia con el fin de que, después de haber contemplado las escenas que tienen lugar en el Carmelo, le ayuden en su plan de exploración y entorpecimiento.

Por una ladera del monte baja rodando, entre blasfemias, Goliat herido de muerte por David. Y en otra escena paralela, Saúl, mordido de envidia por los éxitos de David, trata, sin conseguirlo, de atravesar al joven con su lanza mientras David toca la cítara para amansar el mal espíritu del Rey.

Luego David, fugitivo ya de la corte, pide a Dios la paciencia que necesita hasta ver aplacada, a base de actos de magnanimidad humilde, la ira celosa de Saúl.

En otro punto del escenario tienen lugar los festejos del esquilmo de los rebaños de Nabal, quien orgulloso pondera ante su esposa Abigail la extensión de sus posesiones para terminar por decirle: *Todo es tuyo porque es mío*¹.

(Me permito observar que los autos de Calderón tienen una densidad de pensamiento poético-teológico que todos y cada uno de los detalles se proyectan hacia la realidad teológica que escenifica. Así, v. g., tenemos una frase que, trasladada a la realidad salvífica es una afirmación de la realeza compartida de la segunda Abigail, María.

Pero no podemos en esta comunicación detenernos en tantos detalles que la alargarían excesivamente).

A la orgullosa altanería de Nabal Abigail replica sugiriendo a su esposo que de todo hay que dar gracias a Dios: insinuación que, con ruda soberbia, rechaza Nabal el «estúpido».

Y a vista de Luzbel y sus acompañantes comienza propiamente el auto.

Luzbel, para que Avaricia y Lascivia entiendan lo que se pro-

1 *Autos sacramentales*, Obras completas III (Edit. Aguilar) p. 638.

pone, les recuerda su propia historia, que va ligada a la futura que él solamente entrevé. El mismo, arrojado del cielo por haberse negado a adorar, en un futuro que será historia, a la Naturaleza humana que tendrá una gloria superior a la de los más altos arcángeles y querubines, vive del odio, no sólo hacia Dios, sino a la humanidad entera; por lo cual logró ya en el principio que la primera pareja perdiera la justicia original. Fue la culpa una ofensa infinita, por ser Dios el ofendido por la desobediencia, y que sólo unos méritos infinitos podrían borrar: pero Luzbel sabe que Dios, compasivo y misericordioso, ha trazado el designio de que su mismo Hijo venga a la tierra a satisfacer esa deuda, encarnándose en una Virgen «tan perfecta, que toda pura no haya ni aun sombra de sombra en ella»².

Hasta el momento en que tienen lugar los acontecimientos del auto, toda la historia del Pueblo de Dios está sembrada de «sombras», «bosquejos» o figuras, sobre los cuales Luzbel anda conjeturando si cada uno de esos tipos o figuras será el cumplimiento de la realidad que tanto lo atormenta. Y ahora mismo las conjeturas se hacen más vivas. David, que quiere decir *amado*, es rama del tronco de Judá, y Luzbel, por su ciencia mágica, sabe que el Mesías será *hijo de David*. Pero no puede haber llegado todavía el tiempo, pues aún no se han cumplido las *semanas* de Daniel. Y sin embargo hay cosas extrañas en ese joven: perseguido, se refugia en el desierto de Faarán, de quien es dueño *Nabal*, «insulso e ignorante» (que eso quiere decir su nombre), pero que es marido de Abigail que significa *la Madre de la alegría*.

Con todas estas premisas pretende averiguar Luzbel qué recibimiento va a tener David cuando llegue hasta Nabal, que será pronóstico del recibimiento que hará el mundo cuando llegue Dios encarnado. Y para redondear su plan hace que Avaricia se adueñe del corazón de Nabal, y que Lascivia por su parte trate de viciar la cándida pureza de Abigail: él por su parte se entenderá con David en un cuerpo a cuerpo, cuyo desenlace será la comprobación de lo que con tales angustias conjetura.

En esto llegan los soldados de David a pedir dos recentales a Simplicio, mayoral de los pastores de Nabal. Hay un malentendido entre éste y los soldados, y, al saberlo David, propone que, ya que no se lo dan de grado, habrá que retirarse a buscar algún remedio al *desierto*.

Es la ocasión que aprovecha Luzbel para acercarse a David. Disfrazado de soldado, le hace unas sugerencias que son como anticipo de las que luego hará a Jesús en el desierto: a ellas responde David de modo semejante a las que recogen los evangelistas, y David acaba por descubrir al Tentador, que queda desconcertado.

Con ello acaba la escena.

2 *Ibid.*, p. 639.

Nabal ha llegado al colmo de su furor al darle cuenta Simplicio de que, emedrentado ante los soldados de David, les ha ofrecido todo el rebaño: momento en que llega Abigail, acompañada de Liberalidad, con los memoriales en que acostumbra presentar las necesidades de los pobres que se acogen a su piedad.

¿Siempre, Abigail, has de ser
de pobres intercesora?³

le replica su esposo, y despechado rompe todos los memoriales que le presenta su mujer, alegando que, si el Cielo quiere que haya pobres, no es de su incumbencia arreglar lo que es de voluntad divina. E incluso se niega a pagar el sueldo de sus pastores, a quienes acusa de descuidados y ladrones: y, para que nadie le contradiga, amenaza colgar de una encina a quien se atreva a hacerle alguna observación.

Y de nuevo, aunque sin resultado, intercede Abigail.

¿No basta, pues tus sentidos
en ser *madre* los empleas,
que de los *pobres* lo seas,
sino de los *afligidos*?⁴

Es el momento en que Luzbel, ensangrentado, se presenta a Nabal en demanda de justicia contra David y su mesnada, de quien dice ha escapado malherido. Nabal, de enojo en enojo, manda dar muerte a quien se acerque a sus posesiones. Lo cual no impide para que de nuevo intervenga Abigail para recordarle que es una orden rigurosa e injusta.

Hay otro cambio de escena.

Si Avaricia ha conseguido apoderarse del ánimo de Nabal, los intentos de Lascivia con respecto a Abigail son un fracaso.

Simplicio, para contentar al ama, organiza un juego de prendas entre toda la pastorada, entre los cuales se han mezclado Luzbel y sus acompañantes.

El juego consiste en que cada uno de los participantes escoja un color y vaya diciéndolo en alta voz cada vez que en el relato que se haga encaje el color con la frase que se diga.

Abigail, naturalmente, escoge el *blanco*, mientras Luzbel declara que el suyo siempre es el *negro*.

Y, entre el cántico de los músicos, Simplicio va haciendo el relato de la historia de la salvación: todos los jugadores van equivocándose, hasta que Simplicio dice:

Digo, pues, que serenada
la luz, y Dios satisfecho
para haber de venir, va

3 Ibid., p. 643.

4 Ibid., p. 644.

desde el arca previniendo
una hermosa Virgen Madre
que ha de ser su claustro y centro,
tal que nunca ha de caer
ni aun en el menor defecto;
pues su limpieza y pureza
en su feliz nacimiento
como en su virginidad...⁵

Y Abigail dice «blanco». Luzbel enseguida manda parar al narrador para hacerle caer en la cuenta de que «ya Abigail ha caído», pues ha dicho blanco sin haberse nombrado la castidad. Pero ella replica: *¿Qué importa eso; Si dijo virginidad que es lo mismo?*

Y se sigue un pequeño altercado sobre el rigor de los conceptos, hasta que entra Nabal, enojado, a enviar a cada uno a su ocupación.

El episodio, insertado a primera vista para descargar la intensidad del desarrollo dramático, es otro ejemplo de como para los barrocos, y en concreto para Calderón, la inmaculada concepción ocupaba la atención hasta el punto de aprovechar todas las ocasiones para al menos insinuar la preservación de la caída en el «yerro» general.

Sigue la trama del auto. Nabal da comienzo a su opípara comida habitual, cuando al poco entra Jorán que viene de parte de David:

¡Gloria a Dios en las alturas
y paz al hombre en el suelo!
Paz a ti, Nabal ilustre,
gran mayoral del Carmelo⁶.

Y le expone el mensaje de David, quien humildemente le ruega, aunque bien podía haberlo hecho a la fuerza, le dé el socorro de sustento para sus soldados exhaustos.

La petición es rechazada ásperamente. Y sólo entonces es cuando David ordena a sus soldados para el ataque. Luzbel comenta, dando el sentido teológico a la escena:

Pues aquesto
es decir que airado Dios
de sus malos tratamientos
ha de abreviar con los días
días del mundo⁷.

La reflexión de Luzbel se debe a que en el auto Nabal es el símbolo del mundo que rechaza al enviado de Dios.

Es el momento clave del auto sacramental.

5 Ibid., p. 647.

6 Ibid., p. 648.

7 Ibid., p. 649.

Abigail, que se da cuenta del inminente peligro, engalanada espléndidamente como en los días de fiesta, sale al encuentro de David, en medio de un amplio cortejo y a los sonos de una música que canta:

Venid, venid sin recelo
pues es nuestro y guía
la Madre de la alegría
la primer Flor del Carmelo⁸.

Abigail exhorta a los que la acompañan a que griten ¡Viva David!, grito que casi apaga las voces de guerra ¡Muera Nabal! con que avanzan los soldados de David.

Y ya cerca los unos de los otros, Abigail se postra de rodillas ante el caudillo, quien asombrado recita este soneto que, si es uno de los mejores de Calderón y que no falta en ninguna antología de poesía mariana, es la clave para entender el papel que el poeta quiere dar a Abigail, realidad y símbolo polisémico de la que será la realidad plena en la obra reconciliadora de Cristo:

¿Quién eres, oh mujer, que aunque rendida
al parecer, al parecer postrada,
no estás sino en los cielos exaltada,
no estás sino en la tierra preferida?

Pero, ¿qué mucho si del sol vestida,
qué mucho, si de estrellas coronada,
vienes de tantas luces ilustrada,
vienes de tantos rayos guarnecida?

Cielo y tierra parece que a primores
se compitieron con igual desvelo,
mezcladas sus estrellas y sus flores,

para que en ti tuviesen tierra y cielo,
con no sé que lejanos resplandores,
de *Flor del sol* plantada en el Carmelo⁹.

David la levanta del suelo en sus brazos, y Abigail expone su propósito: consciente de las fatigas que el caudillo está pasando, y dolida de que Nabal le desatienda

⁸ Ibid., p. 650.

⁹ Ibid. En el soneto, como puede verse leyéndolo con atención, Calderón de la Barca funde todos los momentos del misterio salvífico de la *Segunda Abigail*, María Santísima: su profunda humildad, que le merece su elevada exaltación no sólo sobre todas las mujeres, sino en el mismo cielo, se expresa por los símbolos del Apocalipsis —sol como vestido, estrellas como corona— a los que precedieron en la historia las *luces* de las prefiguraciones; los *rayos* de los favores del Altísimo. Según esto, ya desde los lejanos esbozos del más antiguo Testamento, el cielo y la tierra se preparaban a la exaltación de la *Flor del Sol*, de la que era más próximo tipo Abigail, la esposa de David.

cumpliendo con dos afectos de esposa y de compasiva, tu necesidad reparo, y su condición esquivada disculpo, para que así tú de mí el favor recibas y él de ti el furor aplaque con que vengar solicitas su respuesta¹⁰.

Con estas palabras de Abigail, Calderón apunta a lo que *por su parte* contribuye a la reconciliación, que ella solicita, y en la que insiste:

Es ignorante, señor,
su mismo nombre lo indica.
¡Perdónale, que no sabe
lo que hace, cuando irrita
a tu cólera! Disculpa
que podrá ser que algún día
la oigan el cielo y la tierra
en otra boca más digna¹¹.

La alusión a las palabras de Cristo en la cruz es clara, y la prefiguración del papel de la *segunda Flor del Carmelo* es transparente.

Pero lo que completa el símbolo proyectado hacia la reconciliación histórica es que Abigail, entre lo que trae para aliviar las fatigas de David y sus soldados sean *pan* y *vino*. A ella «esclava tuya indigna» sólo le toca ofrecerlo: pero lo que sí puede hacer, si es que no con ello se desenoja David, es ofrecerse ella misma para que «se salve en ella su familia».

merezca la que se humilla,
la que ruega, la que llora,
la que intercede y suspira,
que Nabal y sus criados
vivan por esta vez.

La respuesta de David es la que se esperaba:

Vivan;
y no sólo ellos, pero
todos cuantos de ti fian
mi desagravio y su vida.
Si fuera Nabal el mundo,
puesta tú entre él y mis iras,
el mundo, Abigail, viviera

¹⁰ Ibid.

¹¹ Ibid., p. 651.

seguro de mi justicia;
 porque tú bastaras sola
 a librarle, que bendita
 eres entre las mujeres
 toda hermosa y toda rica
 de dones espirituales¹².

La acción reconciliadora de María se hace manifiesta en el desarrollo dramático. Hay todavía otra alusión a la Inmaculada Concepción cuando Abigail va otra vez a arrodillarse ante David, quien se lo impide, pues «antes que a la tierra llegues / te tendrá la mano mía / preservada, para que / a nadie tu beldad rindas»¹³.

Pero, junto y unido al misterio de la acción reconciliadora de Abigail, no podemos olvidar el *elemento eucarístico del pan y vino* ofrendados por la misma mujer que reconcilia: misterio que no escapa a la observación de Luzbel:

¿Qué misterio es este,
 que tanto me atemoriza?
 Una mujer a salvar
 basta a los que en ella fian
 su tribulación? ¿Qué pan,
 qué carne, qué vino libran
 del enojo de David
 a Nabal y su familia?¹⁴.

Y la explicación intencional del auto se da en la apoteosis, en que Abigail, «piadosa madre de todos», aparece coronada, y a sus pies una fuente de la que manan, perennes siempre, la corriente de sus liberalidades, mientras David, junto a un árbol en un monte, es símbolo de la descendencia mesiánica:

Esta es la gran descendencia
 de David, de cuya línea
 aquella *Flor del Carmelo*,
 segunda Abigail divina,
 vendrá que, arco de la paz,
 corone su verde cima¹⁵.

Reconciliación del hombre por Cristo y cooperación de María en Fray Juan de los Angeles, OFM. († 1609)

Por G. Calvo Moralejo, OFM.

¹² Ibid.

¹³ Ibid., p. 652.

¹⁴ Ibid.

¹⁵ Ibid., p. 653.